DOMINGO ORDINARIO XIII- C
MARCHA ATRÁS -
Padre Pedrojosé Ynaraja Díaz

TEXTOS

Ī de los Reyes 19, 16b. 19-21

En aquellos días, el Señor dijo a Elías:
—«Unge profeta sucesor tuyo a Eliseo, hijo de Safat, de Prado Bailén».
Elías se marchó y encontró a Eliseo, hijo de Safat, arando con doce yuntas en fila, él con la última. Elías pasó a su lado y le echó encima el manto.
Entonces Eliseo, dejando los bueyes, corrió tras Elías y le pidió:
—«Déjame decir adiós a mis padres; luego vuelvo y te sigo».
Elías le dijo:
—«Ve y vuelve; ¿Quién te lo impide?».
Eliseo dio la vuelta, cogió la yunta de bueyes y los ofreció en sacrificio; hizo fuego con aperos, asó la carne y ofreció de comer a su gente; luego se levantó, marchó tras Elías y se puso a su servicio.

San Pablo a los Gálatas 5, 1. 13-18

Hermanos:
Para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado.
Por tanto, manteneos firmes, y no os sometáis de nuevo al yugo de la esclavitud.
Hermanos, vuestra vocación es la libertad: no una libertad para que se aproveche la carne; al contrario, sed esclavos unos de otros por amor.
Porque toda la Ley se concentra en esta frase: «Amarás al prójimo como a ti mismo».
Pero, atención: que si os mordéis y devoráis unos a otros, terminaréis por destruiros mutuamente.
Yo os lo digo: andad según el Espíritu y no realicéis los deseos de la carne; pues la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne. Hay entre ellos un antagonismo tal que no hacéis lo que quisierais.
En cambio, si os guía el Espíritu, no estáis bajo el dominio de la Ley.

Evangelio según san Lucas 9, 51-62

Cuando se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Y envió mensajeros por delante.
De camino, entraron en una aldea de Samaria para prepararle alojamiento. Pero no lo recibieron, porque se dirigía a Jerusalén.
Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le preguntaron:
—«Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo que acabe con ellos?».
Él se volvió y les regañó. Y se marcharon a otra aldea.
Mientras iban de camino, le dijo uno:

—*«Te seguiré a donde vayas».*
Jesús le respondió:
—«Las zorras tienen madriguera, y los pájaros nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza».
A otro le dijo:
—«Sígueme».
Él respondió:
—«Déjame primero ir a enterrar a mi padre».
Le contestó:
—«Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el reino de Dios».
Otro le dijo:
—«Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de mi familia».
Jesús le contestó:
—«El que echa mano al arado y sigue mirando atrás no vale para el reino de Dios».

COMENTARIO

En mi vida actual el coche me es indispensable. Los primeros utilitarios que conduje disponían únicamente de tres marchas y la marcha atrás, hoy ya dispone de cinco. Pero la marcha atrás continúa existiendo y de igual modo. La tecnología del volante está pensada para avanzar hacia delante, conducir marcha atrás siempre es un poco difícil y confieso que moverme de esta manera siempre me irrita.

En mi vida pasa algo semejante. Mi motor vital es complejo.

De pequeño, a medida que iba creciendo aumentaban día a día mis aficiones. Simpatizaba y quería progresar en todo lo que tenía a mano. Continúo igual. Es mi grandeza y mi adversidad.

Confundir la afición con la vocación es un error en el que se cae con frecuencia. Yo no me confundía, pero me valía del engaño de los demás.

Eran otros tiempos, de costumbres diferentes a las actuales. La separación entre chicos y chicas era casi total. Existían pocas ocasiones de contacto que yo trataba de aprovecharlas. Se reducían a hablar, sonreír y soñar, pero disfrutaba mucho en ello. Era una ingenua pasión.

Por otro lado, poco a poco, el contacto con los compañeros de instituto, me descubría que ellos no eran tan dichosos como yo. Interiormente me propuse que de mayor ayudaría a los chicos a ser felices. Las chicas me gustaban, su sonrisa me emocionaba, con hablar con ellas era suficiente.

En un momento dado apareció en mi mente la figura sacerdotal y me resultó atractiva. Ahora bien, si yo me hacía sacerdote, el contacto con ellas, el matrimonio me estaría vedado. No hablé con nadie, ni nadie me preguntó al respecto. En mi

interior pensaba que era acosa que debía resolver aprobado el séptimo curso y la reválida.

Aficiones, ilusiones y vocación iban progresando. Experimentos de química, colecciones de minerales y fósiles eran mis entretenimientos predilectos. Hablar y discutir con simpáticas chiquillas eran magnífico complemento. Cabe señalar que esto último no era el común proceder de mis compañeros. El mío casi parecía prohibido, mayor satisfacción. Descubrir poco a poco el temperamento femenino, por apasionados vericuetos misteriosos, le es vedado al chico de hoy, que desde pequeño trata sin distinción y sin averiguación con ellas.

Llegó un día que era preciso escoger y renunciar. Entrar en la universidad precisaba presentar documentos. Para entrar en el seminario debía aportar un certificado de buena conducta del párroco del territorio, que ni siquiera le conocía. Nuestra costumbre era asistir a misa y reunirnos en otros lugares.

A principios de julio debí comunicarlo a mis padres, el curso empezaba en octubre. Poco a poco se fueron enterando quienes gozaban de mi confianza.

Temía el latín que siempre había suspendido. De música no tenía la menor idea y un sacerdote, según creía debía cantar en gregoriano. La misa de aquel tiempo suponía dominar las dos cosas. Fueron percances menores.

Siendo ya sacerdote y yendo hacia Roma entusiasmado, viendo a la izquierda las montañas blancas de mármol de Cararra, dormidos en la tienda mis compañeros yo pensé dentro de mí que no me importaba lo más mínimo ni mi ministerio sacerdotal, ni mis nombramientos, ni mi obispo, ni mi diócesis, me sentía exclusivamente peregrino. Mi mente estaba situada en lejanos y atractivos tiempos medievales, gozando en ello. En Roma celebré misa justo encima de la tumba de Pedro. En las catacumbas, en el recodo que albergaba el sepulcro de un mártir insigne celebramos la Eucaristía. En Castelgandolfo escuchamos al Papa. Camino de vuelta a casa me di cuenta de que existían vocaciones temporales y a mí se me había otorgado una tal gracia.

Os contaba hace poco, queridos lectores, que siendo sacerdote, experimenté un sueño en el que una preciosa mujercita me abrazaba apasionadamente, mientras besándome decía: te quiero. No vuelvo a repetir lo que ya expliqué, añado que pensé que mi vida era como la ascensión a una montaña. Había escogido un camino y luego, de repente surgía otra senda. Parecía más bonita y atractiva, pero las dos subían a la misma cumbre. Toda elección supone una renuncia, debía, pues, continuar por mi sendero. Y así continué.

Me dicen algunos que debería escribir mis memorias. Contesto siempre que lo importante es lo que hace Dios, no lo que yo haya podido hacer.

Os he explicado estas experiencias teniendo presente la primera y la tercera lectura de la misa de este domingo. Son diferentes acontecimientos de respuestas a llamadas de Dios. Que cada uno hoy y ahora se pregunte ¿he estado atento a lo

que Dios me pide? ¿se distinguir entre afición, cualidades personales, posibilidades en el futuro, estado de vida y vocación?

Espero que os sometáis personalmente a este examen y los que tengáis hijos o gente joven a vuestro alrededor con los que de alguna manera estéis comprometidos a educar para la vida, la vida histórica y la existencia eterna, obréis responsablemente.

A unos se les exige respuesta inmediata y radical, a otros no tanto. Unos responden afirmativamente, otros presentan obstáculo, otros se escabullen.

Más que conseguir desde jóvenes un buen empleo, dominar idiomas y tecnologías, es preciso ser fieles al programa que nos tiene preparado Dios a cada uno.

Me he alargado mucho comentándoos las dos lecturas. No he olvidado la segunda, la carta de San Pablo a los gálatas. Os la resumiré brevísimamente: no seáis envidiosos ni egoístas. El amor es siempre generosidad. Y no olvidéis, el egoísmo y la envidia, como el polvo, se mete por todos los sitios. No es suficiente que en teoría nos moleste, es necesario que constantemente nos limpiemos.